

# EL TÚNEL

---

Autor: FRANCISCO GONZÁLEZ BERTÍN

---

El agostamiento del invierno  
cuando atrofiarnos la flor que nos ha reunido  
en el vaho de la conquista,  
la que se aproxima.

Los vapores nos contienen a la insidiosa espera  
que emerge desde las manifestaciones.  
La crueldad apiñando al aliento  
que devorará las ciudades vacías  
cuando este gris sea de recorrer las llanuras,  
tus mesetas de alquimia,  
tus esteros de sudor.

La cavernosidad es del grito rijoso,  
del eco del rasguño  
cuando se ha arrancado el pétalo profundo  
de la entraña más sensible:  
tus huesos que arden de amor.

Y ya no querrás la insoportable infancia  
que te recorre en la caída,  
la sórdida flaqueza del hidalgo  
amustiando su pluma errante

ante la tinta de tus ojos irritados  
por el fluido del gran bramido.

Recorreremos el túnel y cortejamos la piedra  
con su raída jerga de antaño.

Ella que nos recibe en la añoranza  
de tentarnos a la vesania de sorber lo barrunto  
mientras el sueño nos engendra en el sigilo.

Dormimos abrazados ante el fin,  
en la fría tiniebla de humos incoloros  
como las serpientes atisbadas  
sobre la maleza y los precisos insectos.

Mis pensamientos enajenados  
son lisonja de tus dedos muertos en la tez,  
tus brazos como higueras de las pinzas  
esmeraldas  
en la solitaria intemperie del arrobo.

Allí...  
en la embustera reconciliación,  
en el cruce de los deseos,  
en la huelga por el hambre.  
Bajo el halo lunar nuboso  
descansamos en el túnel  
o debajo del puente enrejado  
o es la corredera de Soler,  
como dos pordioseros hechizados

y profundamente fétidos  
por las hormonas y por la humanidad.

Esta llaga que abrimos llena de brebajes  
y el destino en la rozadura donde se  
desmoronan  
los pavores con sus huellas más cercanas  
ignorando cualquier fulgor del cielo,  
todas ellas son el vástago ineludible  
de la comunión entre nuestras personas  
fundiéndose en la mayor hondura,  
en el reposo supremo  
de redimir el instante juntos.  
Aquel nirvana magnífico en el urbanismo.

La herradura del mausoleo no ha velado  
por las pezuñas al andar,  
nuestros pasos son la grieta  
que se ha curtido por el relámpago.  
Descalzos en la arena.

Y aquel túnel se ha convertido  
en el oasis prometedor de la Mesopotamia  
que yace en el jardín de la casona secreta  
donde supimos beber las tardes.  
Cuando el tiempo sigue pasando  
y nos estamos conociendo  
sentados bajo el jacarandá de entre mesas,

respetando toda omisión del labio

para así amar la vida.